

no de las mayorías o gobierno de los peores, según se quiera designar: la inseguridad democrática: la vanidad de los presidentes: la dispendiosa, inútil y caótica labor de las cámaras: la multiplicación fabulosa de los funcionarios: las dilapidaciones casi incesantes de los salteadores del poder, cuyos intereses personales, pasajeros, están divorciados del interés general, permanente: la centralización paralizante a la cual han llegado las democracias, haciendo del Estado un monstruo que absorbe todo y ahoga la libertad.

Así, pues, si la historia secular de las monarquías desbarata la argumentación de los realistas que quisieran desandar el camino — ni más ni menos de como lo quieren desandar a su vez los locos demócratas wilsonistas —, la historia relativamente corta de las repúblicas basta ya para hacer caer la venda de los ojos de los republicanos honrados. Hay que reformar la monarquía o hay que reformar la república.

¿Qué hacer, por consiguiente?

Existe un positivismo político, idéntico en el fondo al positivismo filosó-

fico de
cual e
los hec
reglas
te por
e mod
pera, n
pro igu
tancia
verdad
la verd
se absti
se apli
que le
va for
eslabón
carlo.
luciona
blicano

que,
IN TRUC
conjunt